

A vista de pájaro

Teresa Broseta

Ilustraciones
Pedro Simón





1

Simún

Sabil dice que soy un pinzón. Y, si ella lo dice, tiene que ser verdad, porque es la chica más lista del mundo. Y mi mejor amiga. ¡Suerte que tengo!

Un día, me puso un espejo delante y me lo explicó:

—¡Fíjate bien! Eres marrón por debajo y azul por arriba. ¿Lo ves? Y tienes las alas y la cola veteadas de blanco y negro. ¿Vale? Pues, ahora, mira la foto del libro que he sacado de la biblioteca. ¡Observa! El pájaro de la foto y tú sois

igualitos. ¡Como dos gotas de agua! Así que no hay la menor duda: ¡eres un pinzón!

Yo no veía más que manchas de colores, tanto en el libro como en el espejo. Es lo que pasa cuando tienes un ojo a cada lado de la cabeza y no puedes mirar de frente... Pero no dudaba de ella en absoluto. ¡Cómo iba a dudar, si la pobre se había pasado horas con la nariz metida en aquel libro enorme buscando el pájaro que se me pareciera más!

Sabil me leyó lo que aquel libro decía de los pinzones. Así supe que soy primo de los canarios y de los jilgueros, tan bonitos y tan cantarines. Supongo que es cosa de familia, porque a mí también me gusta cantar y tengo la voz potente y bonita. ¡O, por lo menos, eso es lo que me dice mi amiga!

Soy un pinzón, pues, y me llamo Simún, que es el nombre de un viento. Y no de un viento cualquiera, no vayas a pensarte. Es un viento caliente como el fuego, que sopla desde el desierto

hacia la costa y que va cargado de arena. Cuando sopla el simún, cuesta respirar, y es mejor buscar refugio si no quieres acabar rebozado en polvo. Sabil me puso el nombre por eso. Porque, cuando me encontró, estaba tan polvoriento como si el simún me hubiese llevado en volandas desde el desierto y sin preocuparse por mí en absoluto.

Sabil me encontró y me salvó la vida. Si no llega a ser por ella, mi historia habría acabado muy pronto y muy mal. Pero que muy mal. ¡Ni más ni menos que entre los dientes afilados de Pelirrojo, el gato de la vecina!

Pero será mejor que lo cuente desde el principio, ¿no? Así dice Sabil que hay que contar las cosas para que se entiendan bien. ¡Y, si ella lo dice, tiene que ser verdad!

El principio fue cuando nací, claro. ¡En eso no somos diferentes! Rompí el cascarón en el nido que mis padres habían construido en la rama más alta de un abedul, en un rincón bien

protegido por las hojas del árbol. Cuando conseguí librarme por completo de aquella cáscara pegajosa, descubrí a mi lado muchos montoncitos de plumas mojadas. Así supe que tenía hermanos y hermanas. No sé cuántos, porque Sabil todavía no me ha enseñado a contar. ¡Pero bastantes, porque nuestros padres iban de cabeza para alimentarnos a todos!

En el nido estábamos apretujados y calentitos, y nos divertíamos mucho. Cuando piábamos todos a la vez, armábamos un escándalo que espantaba a las ardillas y a las abejas. Pero esos buenos tiempos duraron poco, porque, en cuestión de días, crecimos un montón. ¡Tanto que ya no cabíamos allí dentro! Antes de que ninguno se cayera por el borde del nido, nuestros padres nos dijeron que ya era hora de que aprendiésemos a volar. Los demás se pusieron muy contentos, pero a mí me daba miedo, la verdad. Miraba hacia abajo desde lo alto del abedul y casi me mareaba. ¡El suelo estaba lejísimos!

Me atreví a piarlo en voz alta y mis padres trinaron alegremente:

—¡Qué cosas dices! ¿Qué más da a qué altura estemos? No se trata de saltar al suelo, hijo. ¡Se trata de volar!

Uno a uno, mis hermanos y hermanas fueron echando a volar. Algunos lo consiguieron a la primera y con mucha elegancia. ¡Daba gusto verlos! Otros, a la segunda, o a la tercera. ¡Incluso a la cuarta en un par de casos! Pero todos acabaron volando como si no hubiesen hecho otra cosa en toda su vida. Yo me alegraba mucho por ellos, pero no tenía ninguna gana de imitarlos. Así que me hice el remolón y escondí la cabeza bajo el ala, a ver si había suerte y se olvidaban de mí. La esperanza solamente me duró un parpadeo. Enseguida, mi madre me empujó hacia el borde del nido con determinación y mi padre me animó con un aleteo enérgico. ¡No tenía más remedio que volar!

Salté del nido con los ojos cerrados, muerto de miedo. Pero, a fin de cuentas, soy un pája-

ro, qué caramba, así que rápidamente empecé a batir las alas por instinto. El ala, mejor dicho. Solo la izquierda. Porque, por más que me esforzara, no conseguía desplegar mi ala derecha. Intenté aletear con el ala cerrada. ¡Flip, flip, flip! Nada. ¡Flap, flap, flap! Nada. ¡Flop, flop, flop, flop! Nada de nada. ¿Qué me estaba pasando? Aleteaba y aleteaba, pero no conseguía remontar el vuelo. El nido cada vez estaba más lejos y el suelo, por el contrario, cada vez más cerca. Oí chillar desesperadamente a mis padres y ya no tuve tiempo de nada más. Todo se volvió un torbellino de golpes y ruidos. Cerré los ojos.

No sé cuánto tiempo duró aquella agonía. Finalmente, rebotando aquí y allá y con el corazón desbocado, caí al suelo como una piedra. ¡Magullado pero vivo! Me puse de pie, tambaleante y aturdido, y sacudí la cabeza para quitarme el polvo. Y entonces la vi. ¡Una enorme bestia rojiza, de ojos relucientes y boca babeante, se abalanzaba sobre mí!



¿Qué podía hacer? Cerré los ojos, convencido de que había llegado el fin. Y en ese momento, justo en ese momento, una voz clara gritó con mucha energía algo que no entendí. La amenazadora bestia se detuvo en el aire y se dejó caer obedientemente al suelo, levantando una nube de polvo tan rojizo como ella.

Y yo, que ya llevaba demasiadas emociones en el cuerpo, me desmayé de la impresión.

¡Sensible que es uno!



2

Una caja de zapatos

Me desperté, no sé cuándo, en un sitio tan calentito, tan cómodo y tan oscuro como mi nido. Pero no era mi nido, porque no olía a madera seca, ni a plumas mojadas, ni a caca de pájaro. Olía de una manera extraña y deliciosa, como si me acariciara por dentro. Tardé bastante en saberlo, pero, en realidad, olía a caramelo y a vainilla, a canela y a chocolate. Pronto descubriría que no era solamente el perfume de las manos de Sabil, sino el de su casa y el de su familia entera.

¡Pero no adelantemos acontecimientos, que al final me armaré un lío!

Tratando de adivinar dónde estaba, me removí un poco, con muchísimo cuidado. De repente, la luz del día me inundó los ojos y tuve que parpadear varias veces. Cuando me acostumbré a la luz, vi unos ojos negros y dulces que me miraban fijamente. Lo supe por instinto y el corazón se me disparó otra vez en el pecho. Al parecer, me había librado de la amenazadora bestia pelirroja, pero mi situación no había mejorado mucho. ¡Estaba en manos de un humano! ¡Nada menos que de un humano! Uno de los peores peligros para un pájaro, según me habían dicho mil veces mis padres. ¡Qué desgracia la mía!

No me atrevía ni a respirar, esperando que me pasara algo horrible. Por fortuna, no tardé en darme cuenta de que estaba equivocado. Había tenido mucha suerte, porque el humano que me había recogido me hablaba con dulzura y me transportaba con cuidado. Aunque no entendía

ni una palabra de lo que me decía, el tono de su voz me fue tranquilizando. Tal vez, después de todo, no fuese un pájaro tan desgraciado...

Al cabo de unos minutos, noté que me depositaban con suavidad en un sitio blando y tibio. Unos dedos diferentes, más grandes, me palpaban ahora con delicadeza las patas, la cabeza, la cola, las alas. Los dedos se quedaron mucho rato en mi ala derecha, la que no había querido abrirse durante el vuelo. El proyecto de vuelo, en realidad.

No estaba asustado, pero sí inquieto. Oía varias voces a mi alrededor y me esforcé en distinguirlas. Estaba la voz que le había gritado a la bestia rojiza y me había salvado la vida, claro. Pero había también una voz más grave, que me recordaba un poco al retumbar de los truenos. Y otra, más suave, que susurraba como el viento entre las ramas del abedul donde estaba mi nido. Seguía sin entender nada de lo que me estaba pasando, pero en aquellas voces había algo cálido

que me hacía sentir a gusto. Por lo menos no parecía que tuvieran malas intenciones.

Con tantas emociones, no me acordaba de que hacía mucho que no comía. Pero me acordé de golpe, porque un dedo pequeño, moreno y fino, me acercó al pico una miguita de pan remojada en agua. ¡Justo lo que necesitaba! Me zampé la miga a la velocidad de la luz y les gustó, porque a mi alrededor estallaron las risas y las voces alegres. Detrás de aquella miga de pan vinieron muchas otras. Muchísimas. El dedito moreno no se cansaba de alimentarme y yo no me cansaba de zampar. ¡Hacíamos una pareja perfecta!

La dueña del dedito moreno tampoco se cansaba de hablarme despacito y con mucha suavidad. Con una paciencia infinita, me repetía una y otra vez el nombre de las cosas que nos rodeaban. El idioma de aquellos humanos era muy distinto al de mi familia, pero también sonaba bonito, como si tuviera música. Puse

